

Rosario Castellanos: la inteligencia como única arma

Raquel Lanseros

La sensación que yo experimenté al leer por primera vez un poema de Rosario Castellanos fue de absoluto e imborrable deslumbramiento. Aún recuerdo de forma vívida el preciso instante, me lo había enviado por mail un amigo poeta mexicano, conocedor como nadie de la tradición literaria de su propio país. «¿En serio no conoces a Rosario Castellanos?», fue su asombrado comentario cuando, días atrás, habíamos estado chateando sobre los grandes nombres poéticos mexicanos del siglo XX. Ahora, tras haber devorado su obra presa de una conmoción cercana a la idolatría, me produce un gran pudor reconocer que hace apenas año y medio ignoraba la existencia de esta excepcional poeta. Y es que, a pesar de ser una figura esencial de la Literatura en español y del pensamiento crítico del pasado siglo, muy reconocida, querida y admirada en México y en toda América Latina, continúa siendo muy desconocida en España. Ayudando a paliar en lo posible esta grave e injustificada carencia, la editorial Renacimiento ha publicado recientemente una antología poética de Rosario Castellanos, cuyo cuidado prólogo y selección de poemas, comprendidos entre 1948 y 1972, ha estado a cargo de la poeta madrileña Amalia Bautista. El título conjunto de la mencionada antología es *Juegos de inteligencia*, especialmente atinado, ya que inteligencia es, a mi juicio, la palabra que mejor define la obra y la persona de Rosario Castellanos. Una inteligencia tan incisiva y aguda, tan exuberante

Rosario Castellanos: *Juegos de inteligencia*, Ed. Renacimiento, Sevilla, 2011.

de sensibilidad y de clarividencia, que hizo de esta gran poeta una figura en permanente litigio con la realidad parca que la circundaba. De hecho, si somos justos, convendremos en que la realidad muy pocas veces es pródiga y benévola. Quizá por ello sea inevitable identificarse con plena intensidad con la amargura, el medido cinismo, la reflexión certera, la agudeza y el desgarró que rezuman sus versos. Pero retornemos a ese primer momento de fascinación por mí sentido cuando tuve la fortuna de pasear por vez primera mis ojos por sus palabras. Permítanme que les comparta el poema en cuestión, «Meditación en el umbral», y juzguen por ustedes mismos si había o no razones para ese súbito enamoramiento poético: «No, no es la solución / tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoy / ni apurar el arsénico de Madame Bovary / ni aguardar en los páramos de Ávila la visita / del ángel con venablo / antes de liarse el manto a la cabeza / y comenzar a actuar. / Ni concluir las leyes geométricas, contando / las vigas de la celda de castigo / como lo hizo Sor Juana. No es la solución / escribir, mientras llegan las visitas, / en la sala de estar de la familia Austen / ni encerrarse en el ático / de alguna residencia de la Nueva Inglaterra / y soñar, con la Biblia de los Dickinson, / debajo de una almohada de soltera. / Debe haber otro modo que no se llame Safo / ni Mesalina ni María Egipcíaca / ni Magdalena ni Clemencia Isaura. / Otro modo de ser humano y libre. / Otro modo de ser.» Rosario Castellanos fue siempre muy consciente, la propia vida le obligó a serlo, de lo que significaba ser mujer en un mundo dominado por hombres. Ella como nadie exteriorizó ese sentimiento frustrante generado al notar cómo las ansias de libertad y de conocimiento propias de cualquier ser humano consciente y con inquietudes intelectuales chocan contra el prejuicio dominante de que la actitud esperable en una mujer es buscar su realización personal fundamentalmente en el campo de la vida familiar y la maternidad. Rosario tuvo que comprobar en carne propia que en el ámbito intelectual, contrariamente a lo que pudiera esperarse, esa convicción tácita sobre la naturaleza femenina estaba tan presente o más que en cualquier otro, y se vio obligada a soportar la condescendencia y la reprobación de muchos de sus congéneres masculinos por haber cometido la osadía de dedicar su vida a la Literatura y al pensamiento, actividades dignas de espíritus elevados y por tanto poco

apropiadas para una mujer. Con el debido respeto a las distancias y al tiempo felizmente transcurrido en pro de una mayor conciencia social de las capacidades y potencial diversidad de roles vitales de las mujeres, estoy segura de no equivocarme si afirmo que muchas lectoras de hoy en día se verán parcialmente identificadas con esta experiencia de Rosario Castellanos, pues a decir verdad, aún sigue faltando mucho recorrido para que la labor intelectual y artística de una mujer no se vea minusvalorada de algún modo por su propia condición. Todavía estamos en la incesante búsqueda de ese «otro modo de ser humano y libre».

La vida de Rosario Castellanos es tan fascinante, poliédrica y llena de contrastes como su propia persona y por supuesto su obra literaria. Aunque nació en la Ciudad de México en 1925, su infancia transcurrió en Comitán, Chiapas, la tierra de sus mayores. Algo mágico debe habitar sin duda en aquella hermosa tierra para que en ella hayan surgido tantos grandes poetas mexicanos, como la propia Rosario, su amigo Jaime Sabines, o, más recientemente, el luminoso Efraín Bartolomé. Rosario, hija de una importante familia de terratenientes chiapanecos, hacendada con esclavos, fue muy pronto consciente de las injusticias que impedían el progreso de los pueblos indígenas: una comprensión que, junto a las ambiciones intelectuales consideradas impropias para una mujer de su época y su momento histórico, le impidieron siempre sentirse integrada en la sociedad caciquil de su primer entorno. Desde su nacimiento, Castellanos contó con la compañía de una nana, Rufina, y una cargadora, María Escandón, una niña de su edad. Ambas mujeres indígenas constituyen un importantísimo hito en la vida de la poeta, quien se dio cuenta de que las cosas no podían ni debían seguir siendo como eran, tal como estaban establecidas y como se esperaba que ella misma aceptara y perpetuara junto a la memoria de sus mayores. Basta señalar que al morir sus padres y ser heredera ella misma de bienes raíces, decidió entregarlos a los indígenas de Chiapas. Como vemos, no sólo su condición de mujer con ambiciones intelectuales descolocaba a Rosario de su hábitat, sino también el hecho de ser sensiblemente consciente del significado de ser blanca frente a los indígenas, lo cual la situó en el lugar de decidir, tomar partido, alzar la voz y compartirla con quienes no tenían ese derecho.

A los dieciséis años, Rosario regresa a la capital para realizar sus estudios y en 1950 se gradúa en la Maestría en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde se relacionó con Ernesto Cardenal, Dolores Castro, Jaime Sabines y Augusto Monterroso. Con una beca del Instituto de Cultura Hispánica, completó su formación estudiando Estética y Estilística en la Universidad de Madrid, con su amiga Dolores Castro y bajo la tutela de Dámaso Alonso. A su regreso a México fue promotora de cultura en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, en Tuxtla Gutiérrez y trabajó en el Centro Coordinador del Instituto Indigenista de San Cristóbal las Casas, en Chiapas y en el Indigenista de México fue redactora de textos escolares. También dirigió el Teatro Guiñol Tzeltal-Tzotzil, recordemos que el tzotzil es la principal lengua mayense hablada en el estado de Chiapas y el quinto idioma por número de hablantes entre las lenguas indígenas más habladas en México, apenas después del náhuatl, el maya de Yucatán, el mixteco, y el zapoteco. Rosario obtuvo además la beca Rockefeller en el Centro Mexicano de Escritores, gracias a la cual escribió poesía y ensayo entre 1954 y 1955. Desempeñó la jefatura de Información y Prensa en la UNAM, bajo el rectorado del doctor Ignacio Chávez, e impartió las cátedras de Literatura comparada, novela contemporánea y seminario de Crítica en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Ejerció con gran éxito el magisterio, en México y en el extranjero: en los Estados Unidos como maestra invitada por las Universidades de Wisconsin y Bloomington, y en Israel, en la Universidad Hebrea de Jerusalem, desde su nombramiento como embajadora de México en ese país en 1971 hasta su muerte en 1974. Rosario Castellanos cultivó todos los géneros literarios, especialmente la poesía, la narrativa y el ensayo, y colaboró con cuentos, poemas, reseñas de crítica literaria y artículos de diversa índole en los suplementos culturales de los principales diarios del país y en revistas especializadas de México y del extranjero. Colaboró asiduamente durante muchos años en la página editorial del diario *Excélsior* y fue secretaria del PEN Club. Su obra literaria obtuvo numerosos galardones, entre los que destacan el Premio Chiapas por *Balún Canán* o el Premio Xavier Villaurrutia por *Ciudad Real*. Posteriormente recibió también el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, el Premio

Carlos Trouyet de Letras y el Premio Elías Sourasky de Letras. Rosario Castellanos se inició en la literatura como poeta, de hecho desde 1948 hasta 1957 sólo publicó poesía. Como ella misma afirmó, consideraba la poesía como «un intento de llegar a la raíz de los objetos» mediante la metáfora. *Balún Canán*, su primera novela, ha tenido un gran número de ediciones y ha sido traducida a muchas lenguas. Esta novela junto con *Ciudad real*, su primer libro de cuentos, y *Oficio de tinieblas*, su segunda novela, forman la trilogía indigenista más importante de la narrativa mexicana de este siglo. *Los convidados de agosto*, su segundo libro de relatos, recrea los prejuicios de la clase media provinciana de su estado natal, y *Álbum de familia*, el tercero y último, los de la clase media urbana. En 1972, Rosario Castellanos reunió su obra poética en el volumen intitulado *Poesía no eres tú*. Desde 1950, año en que publicó su tesis *Sobre cultura femenina*, la escritora no dejó nunca de incursionar en el ensayo. En vida publicó cinco volúmenes y póstumamente otros dos. De toda su obra, incluyendo su único volumen de teatro, *El eterno femenino*, se desprende una clara consciencia del problema que significa, para su autora, la doble condición de ser mujer y mexicana. Rosario no quiso renunciar a nada, aunque no lo tuvo nada fácil. Se enamoró del filósofo Ricardo Guerra y se casaron en 1958, pero él nunca le correspondió como ella hubiera deseado y merecido. Las continuas infidelidades de su marido y el desamor la llevaron a múltiples depresiones, tratamientos psiquiátricos y algún intento de suicidio. Sin embargo, hasta finales de los años 60 no toma la determinación de separarse y pedir el divorcio. Hoy en día quizá nos parezca incomprensible cómo una mujer de brillante inteligencia, honda cultura, prestigio profesional y social e independencia económica pudiese soportar durante tantos años una relación abiertamente torturante. Pero lo cierto es que jamás se debe incurrir en el error de juzgar el pasado con ojos del presente. Esta paradoja vital de Castellanos tan sólo nos da una idea de hasta qué punto todos somos, en el sentido orteguiano, indefectiblemente hijos de nuestro tiempo, así como del número de contradicciones, presiones y culpabilidades inducidas a las que la enorme poeta debió verse sometida. Muy significativo es, por ejemplo, su poema «El despojo», de su libro *Lívida luz*, en el que la poeta verbaliza su aturdimiento ante las instruc-

ciones contradictorias y endebles recibidas para afrontar un mundo en el que parece no tener cabida: «Me arrebataron la razón del mundo / y me dijeron: gasta tus años componiendo / este rompecabezas sin sentido. / No hay más. Un acto es una estatua rota. / Una palabra es sólo / la imagen deformada en un espejo./ (...) / Me dijeron: no busques. Nada se te ha perdido. / Y los vi desde lejos / ocultar lo que roban y reír.» Toda su obra poética es de una limpieza y sinceridad absolutas, Rosario no cultiva versos complacientes cuya brillantez aspire al aplauso vano o al halago fácil. Su poesía, como la claridad a la que Claudio Rodríguez aludiera en *Don de la ebriedad*: «es un don: no se halla entre las cosas / sino muy por encima, y las ocupa / haciendo de ello vida y labor propias.» Los versos de Rosario Castellanos brotan desde lo más profundo de su alma, son su sentimiento y sabiduría regurgitados, están llenos de verdad y laten al compás de la tierra, como sólo puede hacerlo la verdadera poesía. En este sentido, exegético, metapoético y magistral es su poema «Entrevista de prensa», perteneciente a su libro *En la tierra de en medio*, del que reproduzco la primera parte: «Pregunta el reportero, con la sagacidad / que le da la destreza de su oficio: / - ¿Por qué y para qué escribes? / - Pero señor, es obvio. Porque alguien / (cuando yo era pequeña) / dijo que gente como yo no existe. / Porque su cuerpo no proyecta sombra, / porque no arroja peso en la balanza, / porque su nombre es de los que se olvidan. / Y entonces... Pero no, no es tan sencillo. / Escribo porque yo, un día, adolescente / me incliné ante un espejo y no había nadie. / ¿Seda cuenta? El vacío. Y junto a mí los otros / chorreaban importancia.» Su poesía es de una expresión libérrima, donde caben el desgarró, la amargura, el humor negro, la meditación, la consciencia, la soledad, la frustración, la osadía, y la capacidad de reírse de todo y de todos, empezando por ella misma. Conociendo sus estudios de filosofía, encaja a la perfección esa tendencia a la reflexión y el pensamiento que caracteriza muchos de sus versos, sin que por ello la emoción y la intuición dejen de estar presentes. En su poema «Diálogo del sabio y su discípulo», extraído de su libro *Al pie de la letra*, Rosario trata el complejo problema de la identidad y la construcción ficticia del yo, desde la clarividente conciencia cósmica de unidad de la que ella goza: «- Cuando decimos «yo» / nos atamos al cuello una vocal redonda, /

una cuerda de ahorcar; nos taladramos / la nariz con un aro como el que rige al buey; / nos ceñimos grillete de prisionero. / Círculo de exclusión, rómpelo, sáltalo. / Tus ojos son poliédricos como los de la avispa. / Cuando lo miras tú se quiebra el mundo. / (...) / No estás solo y aparte. / Tú le dueles a Dios; el universo / se hace pequeño en ti; se hace ciego, borracho. / (...) / ¿Dónde, para apuntar la flecha, está tu centro? / ¿En quién te va a matar la muerte? / - En los que amo.» Entre sus lecturas favoritas, ella solía citar los poemas prehispánicos *Popol-Vuh* y *Chilam Balam*, Sor Juana Inés de la Cruz y Pedro Calderón de la Barca. Rosario Castellanos falleció en agosto de 1974 en su casa de Tel Aviv en un desafortunado accidente doméstico: electrocutada por una lámpara que fue a encender con las manos mojadas cuando acudía a contestar el teléfono al salir del baño. Aún no había cumplido los cincuenta años. Su fallecimiento causó una verdadera conmoción entre los intelectuales mexicanos. Sus restos, tras recibir un homenaje en el Palacio de Bellas Artes, fueron sepultados en la Rotonda de las Personas Ilustres de la Ciudad de México. Su gran amigo el poeta Jaime Sabines escribió al enterarse de su muerte un poema desgarrador e intenso titulado «Recado a Rosario Castellanos», y que yo reproduzco a continuación como doble homenaje a ambos e inmensos poetas chiapanecos, con una última recomendación: no dejen de adentrarse en su obra poética. Créanme, su mente y su corazón se lo agradecerán.

Recado a Rosario Castellanos

Sólo una tonta podía dedicar su vida a la
soledad y al amor.

Sólo una tonta podía morir al tocar una lámpara,
si lámpara encendida,
desperdiciada lámpara de día eras tú.

Retonta por desvalida, por inerme,
por estar ofreciendo tu canasta de frutas a
los árboles,

tu agua al manantial,
tu calor al desierto,
tus alas a los pájaros.

Retonta, rechayito, remadre de tu hijo y de
ti misma.

Huérfana y sola como en las novelas,
presumiendo de tigre, ratoncito,
no dejándote ver por tu sonrisa,
poniéndote corazas transparentes,
colchas de terciopelo y de palabras
sobre tu desnudez estremecida.

¡Cómo te quiero, Chayo, cómo duele
pensar que traen tu cuerpo! –así se dice–
(¿Dónde dejaron tu alma? ¿No es posible
rasparla de la lámpara, recogerla del piso
con una escoba? ¿Qué, no tiene escobas la Embajada?)

¡Cómo duele, te digo, que te traigan,
te pongan, te coloquen, te manejen,
te lleven de honra en honra funerarias!

(¡No me vayan a hacer a mí esa cosa
de los Hombres Ilustres, con una
chingada!)

¡Cómo duele, Chayito! ¿Y esto es todo?

¡Claro que es todo, es todo!

Lo bueno es que hablan bien en el Excélsior
y estoy seguro de que algunos lloran,
te van a dedicar tus suplementos,
poemas mejores que éste, estudios,
glosas,
¡qué gran publicidad tienes ahora!

La próxima vez que platiquemos
te diré todo el resto.
Ya no estoy enojado.

Hace mucho calor en Sinaloa.
Voy a irme a la alberca a echarme un trago ☹